

que veía las almas rescatadas por las ofrendas volar desde la tierra al cielo sin pasar por el purgatorio así que soltaban alguna dádiva en el cepillo de la iglesia. Además, el reformador había recorrido muchos conventos de monjas y tropezado él mismo en la corrupción general de las costumbres. Por consiguiente, todo ese conjunto de circunstancias le arrastraban á un estado de ánimo que debía comprometerle por necesidad en la revolución, así que resonara su grito primero en los senos de la perturbada Alemania.

Mucho se ha hablado y escrito sobre si Lutero precedió á Zuinglio y sobre si Zuinglio fué maestro ó discípulo de Lutero. Los dos, de la misma edad y de carrera eclesiástica, los dos sintieron casi á un tiempo mismo los males inveterados de la Iglesia y los medios más fáciles de conjurarlos. Indudablemente, la coincidencia de sus predicaciones, si algo prueba, es la unidad del espíritu humano y la identidad de deseos que agitaba las almas eminentes y las conciencias luminosas en todos los pueblos cultos. Cuando Zuinglio comenzó á predicar el puro Evangelio y á reconocer la obra de la redención por los méritos exclusivos de Cristo, no había resonado aun aquende los Alpes el nombre tempestuoso del gran reformador. Corrientes misteriosísimas de ideas difundidas por los aires; impulsos incontrastables de muchos corazones abiertos á toda inspiración; efluvios de la conciencia universal movieron á los dos pensadores en dos puntos diversos á emprender la misma obra, cuando apenas se conocían y trataban como representantes que eran de una idea ya fundamental en el espíritu humano y encarnada en los hechos y exteriorizada á la sociedad por esas crisis del espíritu humano, que tanto deciden del progreso universal. Como coincidieron los Reyes santos en el siglo de la Teología y de la *Divina Comedia*; como coincidieron los Reyes crueles en el siglo de la lucha entre las monarquías y el feudalismo; como coinciden los descubridores á fines del siglo décimoquinto; coinciden á principios del siglo décimosexto los tribunos y los revolucionarios de la religión. Por consiguiente Zuinglio y Lutero son dos matices de la misma luz, dos enviados que construyen la misma obra, dos elementos de la misma revolución, dos almas individuales que manifiestan el fondo común de aspiraciones incontrastables encerrado en los senos del alma universal.

Veamos las causas ocasionales de la Reforma y de la revolución. Después

de haber pasado por tan diversos pueblos fijóse Zuinglio en Zurich, donde continuó ejerciendo la predicación. Inspirado por una gran claridad de entendimiento y decidido á no descuidar en ninguno de sus trabajos la oportunidad, deslizó el pensamiento, á primera vista modestísimo y en realidad revolucionario, de que se proponía tan solo predicar los textos evangélicos y no ninguna otra sobrepuesta doctrina. El concejo de Zurich, que dirigía política y administrativamente la republicana ciudad, dió á todos los predicadores orden de difundir tan solo el Evangelio, con lo cual hizo, como á la callada, una verdadera revolución política. Miles de medidas análogas señalaban esas transformaciones lentas, que siendo en esencia una revolución, no tienen ni sus brusquedades ni sus estruendos. Entre otros abusos se mitigó, como se pudo á la sazón, el derecho de asilo en los monasterios tan degenerado de su antigua bondad y tan propio para mover al crimen y amparar á los criminales. Pero un hecho capitalísimo enseñó cómo la Reforma estaba consumada. En la cuaresma de 1522 diéronse varios fieles á comer manjares prohibidos, especialmente carne, y á mezclar, como con familiaridad decimos, contra las prescripciones y mandamientos de la Iglesia. Pertenece la jurisdicción criminal sobre Zurich, por una de aquellas prácticas tan propias de la Edad Media, nada menos que á un convento de monjas, cuya omnipotente abadesa nombraba los jueces de la ciudad. Por consecuencia, los prevaricadores, que habían quebrantado los mandamientos de la Iglesia, fueron reducidos á prisión. Zuinglio los defendió en el púlpito, predicando la libertad del hombre para escoger sus alimentos. La muchedumbre del pueblo aprobó las ideas del predicador. Pero el obispo de Constanza conjuró al concejo para que no se dejase arrastrar de novedades peligrosas ni consintiese el menosprecio y olvido de las leyes eclesiásticas. Ocurriósele al concejo reunir una especie de asamblea de sabios, «puesto que unos teólogos dicen sí mientras otros dicen no; y todo esto trae á mal traer la conciencia de las pobres gentes de abajo, las cuales no saben á qué principio atenerse ni qué mandato cumplir.» Esta asamblea decidió que se enseñasen y se cumpliesen solamente las divinas escrituras. Hé ahí toda la revolución.

Pero los hechos no se cumplen de ninguna suerte con la lógica rigurosa y la serie matemática con que suelen las ideas encadenarse. Hubo resisten-

cias desmedidas en los representantes de la estabilidad é incertidumbre manifiesta en los representantes del progreso. De estas incertidumbres no pueden evadirse los mas, sin la resolucion y el empuje de los menos. Comprendiéndolo así el revolucionario Zuinglio, congregó varios sacerdotes, para que levantasen con él un acta referente á la disciplina eclesiástica. La base de toda la jerarquía católica está en el celibato eclesiástico. La mayor diferencia entre los clérigos católicos y los clérigos revolucionarios está en el matrimonio de estos por el cual se aproximan ciertamente á la sociedad civil y á la vida laica. Comprendiendo Zuinglio toda la trascendencia del acto que meditaba, se dirigió á los mas seguros entre los revolucionarios, y aun dirigiéndose á los mas seguros, solo encontró diez que le siguiesen. Y en efecto, estos diez firmaron una declaracion, por la cual pedian el matrimonio eclesiástico é invocaban el testimonio de su propia vida y costumbres para demostrar todos los vicios del celibato forzoso. El reformador en aquel momento no cumplió en la práctica la doctrina sostenida en teoría; bien al revés, dejó á los demás que se casaran y continuó soltero. Esta inconsecuencia, de fácil explicacion, le atrajo innumerables calumnias, que le pintaban pasto de todos los vicios y le fingian en brazos de multitud de mujeres cual un sultan de Constantinopla. Pero Zuinglio seguia su órbita sin curarse de semejantes combates, naturales y necesarios en todos los conflictos de la humana vida. Por su predicacion sobre los ayunos cuaresmales atacaba la liturgia tradicional; por su predicacion sobre el celibato eclesiástico atacaba la disciplina tradicional; por su predicacion sobre los méritos de Cristo, atacaba las jerarquías de los santos, la virtud de las obras, las penas del purgatorio, la intercesion de la Virgen. Así, en este tiempo, llegaban á Zurich para consultarle y para oírle todos cuantos se inclinaban á la revolucion y querian las grandes renovaciones religiosas. Entre estos, contábase un fraile franciscano de Avignon, á quien las costumbres de su orden habian separado del seno de la Iglesia. Espíritu de esos que solo saben volar entre los matices del crepúsculo, abrigando ideas radicales, sostenia una parte asaz considerable del antiguo dogmatismo católico. Así predicaba una vez ante Zuinglio sobre el conjunto de las ideas dogmáticas. Y como dijera en lo relativo al culto de los santos principios que olian á la ortodoxia romana, con una sola mirada y una sola señal cortó

Zuinglio el hilo de su palabra y le hizo caer, con verdadero arrepentimiento de sus antiguas creencias y obras, en los senos de las nuevas revolucionarias doctrinas.

Los encargados de administrar la cosa pública no podian tener el desenfado y la resolucion de aquellos, que solo contaban con las fuerzas de la palabra y solo sabian volar por los cielos de la conciencia. Dudaba por esta razon potísima el consejo de Zurich sobre las determinaciones que debia tomar en materia de dogma, y los revolucionarios, impacientes por naturaleza, trataban de impulsarlo á que rompiese todas estas ligaduras y entrase de lleno en la nueva idea y la vida nueva. Para la consecucion de este fin presentóse cierto día Jud, discípulo predilecto del reformador, en una iglesia católica, donde predicaba gárrulo agustino sus arqueológicas teorías religiosas; y cuando mas engolfado estaba el predicador en su sermon ortodoxísimo, retóle á singular disputa. Este reto, al pié del altar, bajo las bóvedas de católica Iglesia, en medio de una misa, interrumpiendo escuchado sermon, provocó adrede uno de esos conflictos necesarios para despertar la atencion de los magistrados y obligarles á resoluciones súbitas impuestas casi siempre por el principal de sus ministerios, por la necesidad de conservar el orden público. Y aquí resaltan mas aun las diferencias naturales entre la revolucion religiosa en la monárquica Inglaterra y la revolucion religiosa en la republicana y democrática Suiza. Todo allí fué asunto de pasiones régias, intrigas de corte, luchas entre cardenales y ministros, escándalos de alcoba, monárquicas voluntariedades; todo aquí fué idea, controversia, contradicciones del espíritu, debates en públicos y solemnes Congresos, intervencion directa y continua del pueblo. Así, una junta pública se convocó y un público debate se abrió, debate conocido con el nombre de coloquio. El carácter democrático, republicano, federal de Suiza distínguese claramente en su forma republicana tambien, democrática tambien y tambien federal, como la predilecta tierra, donde nacia y se divulgaba. Lo primero que Zuinglio saca en su símbolo de fe á salvo es el derecho individual del pensamiento á estatuir su doctrina religiosa. En sentir del gran revolucionario, cada conciencia es un cielo y cada pensamiento una revelacion bajada de ese cielo interior, mucho mas vasto que todos los espacios materiales en su infinita é ilimitada extension. Pero como el pensamiento

religioso no es solo individual, sino social tambien, se regula y ordena por medio de la primera y mas rudimentaria asociacion religiosa, que es la parroquia. Y así como tiene cada pensamiento su derecho individual á revelar una doctrina, ó de propio impulso y movimiento adherirse á la doctrina de otro, cual si fuera interiormente revelada, tiene cada parroquia el derecho de organizarse y regirse con arreglo á su voluntad soberana en Asambleas casi permanentes. Aquí se ve y se toca la naturaleza esencialmente federativa de Suiza. La independencia del individuo que toma su montaña por un trono y su cielo por un dosel; la soberanía del municipio que casi constituye toda la sociedad y absorbe toda la soberanía; el pacto entre estos municipios sobre el cual se establece y se consolida la federacion; el organismo propio de aquellas Repúblicas de pastores, apartadas unas de otras por sus largos inviernos, por sus inaccesibles ventisqueros, por sus terroríficos aludes. Así cada idea metafísica se tiñe de la tierra, donde se dilata, como cada espíritu se amolda necesariamente al organismo, que lo contiene y encierra. Electoral como los grandes señores de Alemania la revolucion religiosa de Lutero; monárquica y autoritaria como Enrique VIII la revolucion religiosa de Inglaterra; democrática, republicana y federal la revolucion religiosa de Suiza.

Zuinglio creará en la Iglesia universal, pero formada por el asentimiento voluntario de las almas, las cuales se llaman unas á otras por virtud de misteriosas atracciones. Zuinglio creará que, en esa Iglesia universal, formada por pactos federales y revestida de su organismo republicano, la evidencia irrefragable del dogma concluirá por imponerse de todos modos y siempre á la universalidad de los fieles. De tal suerte cree él en estas afinidades misteriosas y en estos asentimientos voluntarios, que sostiene haber sido obra de la pura espontaneidad cristiana la eleccion de los Evangelios ortodoxos y la condenacion de los Evangelios apócrifos. Así, cada conciencia juzga de su fe y la reunion de las conciencias forma la parroquia. Cada parroquia organiza su vida y la reunion de las parroquias forma la Iglesia universal que tiene, no solamente su derecho escrito, sino tambien su derecho tradicional y consuetudinario. En virtud de esta doctrina, la Iglesia tornaba de nuevo al pueblo y se constituia en verdadera República.

Pues, por procedimientos iguales á la esencia de su doctrina y al organis-

mo de su Iglesia triunfó en Suiza la revolucion religiosa. El 29 de enero de 1523 reuníanse unas seiscientas personas en la casa municipal de Zurich. El aspecto de los congregados, su sencillez natural, la modestia de sus trajes, la llaneza de su conversacion bien claramente decian que se trataba de un congreso del pueblo, diverso de aquellas espléndidas asambleas, donde Lutero aparecia rodeado de lansquenetes, sostenido por príncipes, en presencia de las mayores potestades de la tierra simbolizadas por el jefe augusto del mayor imperio que han conocido los siglos, el cual se asentaba, entre una corte deslumbradora, sobre un trono semejante al trono del Eterno. Aquí, en Zurich, veíanse los curas del territorio, los predicadores de renombre, los catedráticos de las universidades cercanas, los enviados del obispo de Constanza. Representante este de la estabilidad eclesiástica, impuso á sus embajadores el mandato de no discutir en manera alguna con los revolucionarios, porque toda discusion ocultaba una debilidad y toda debilidad en el poder que resiste debia necesariamente de ocasionar una inevitable derrota. Abrióse la asamblea por un discurso del burgomaestre, quien declaró hallarse Zuinglio pronto á noticiar á todos su doctrina. Entonces el emisario de Constanza, levantóse á protestar y á decir que doctrinas tales solo debian sostenerse allá en el seno de los concilios ecuménicos, donde se hallaba la única autoridad bastante legítima para reconocerlas ó rechazarlas. Contestóle Zuinglio con gran moderacion y calma que Cristo habia prometido hallarse donde se congregaran tres ó cuatro en su nombre, y que, habiendo allí mas de seiscientos cristianos reunidos, componian estos un concilio tan ecuménico y sagrado como cualquiera de los concilios que pudiese convocar el Papa. Siguiéron á estas palabras algunas exclamaciones y á estas exclamaciones profundísimo silencio. Nadie allí se atrevia de ningun modo á interrumpir la meditacion, en que sumergiera completamente á todos la temeraria y audaz palabra del revolucionario. Como nadie quisiera discutir, preguntó Zuinglio con amarga ironía dónde se hallaban á la sazón aquellos levantiscos sacerdotes, que mil veces le habian llamado hereje, diciéndose dispuestos á llevar sobre sus hombros el haz que habia de prender fuego á la hoguera donde se proponian calcinarle y reducirle á cenizas. Por fin, mal de su grado, el emisario del obispo discutió, pero con tal debilidad, que al día siguiente pudo presen-